

La Academia Francesa

FRANÇOIS LÓPEZ

Université de Bordeaux-III

Una de las singularidades de la monarquía francesa en el siglo XVII fue su voluntad de fomentar las letras y las artes, extendiendo el dominio de la autoridad política hasta lo que llamaríamos hoy día una cultura dirigida, al servicio del trono y de la nación.

Aunque la Casa de Valois en la centuria anterior había dado abundantes y suntuosas muestras de lo que podía ser un mecenazgo real, no sólo por la protección dispensada a numerosos artistas franceses y extranjeros, sino por ciertas fundaciones de prestigio como el Colegio de Francia y la Imprenta Real o el mantenimiento de academias –principalmente la de música y poesía de Baif–, impregnadas de espíritu humanista y educadoras de Príncipes, no logró entonces la lozanía de las letras francesas, ya marcadas por un vigoroso sentimiento nacional –el que ilustran, por ejemplo, los poetas de “la Pleiade”– superar la fascinación ejercida por la civilización italiana.

Con el fin de las guerras de religión, en cambio consiguieron los primeros Borbones restaurar la autoridad real, no sin tener que vencer fuertes oposiciones, e impulsar una muy activa política de fomento y engrandecimiento.

En el campo de las artes y las letras los ministros que más obraron para dotar a la Corona de unas instituciones prestigiosas y dóciles fueron, en tiempos de Luis XIII, el cardenal de Richelieu, como bien se sabe, pero también, durante el reinado siguiente, Colbert, cuyo nombre suele asociarse más bien a las reformas económicas y al mercantilismo que prevaleció bajo su férrea administración.

El primero de esos dos políticos, Richelieu, entre 1630 y 1642, sin dejar de atender a todos los asuntos interiores y de guerra, creó la prensa periódica de información y propaganda, trató de cambiar el rumbo de la historiografía oficial y protegió a unos artistas y hombres de letras, reuniendo en torno a su persona un grupo de literatos cuyos miembros pasarían a formar parte poco después de la Academia francesa, institución que nada o muy poco debe a las de la Casa de Valois¹.

1. Roland Mousnier, *L'homme rouge ou la vie du cardinal de Richelieu (1585-1642)*, París, Editions Robert Laffont, col. “Bouquins”, 1992, págs. 485-507.

De lo mucho que se ha escrito sobre este cuerpo, desde la *Relation contenant l'histoire de l'Académie française* de Pellisson-Fontanier, publicada en 1653², hasta nuestros días, nos parece útil entresacar unos cuantos datos sobre las circunstancias en que se concibió y se realizó el proyecto de Richelieu.

A fines de 1633 o principios de 1634, supo el cardenal que unos escritores y eruditos desde el año 1629 habían constituido una academia informal e independiente, aunque no totalmente desligada de la política, ya que pertenecían algunos a la clientela de ilustres personajes. Tenían su tertulia en casa de Valentin Conrart, excelente escritor que, sin saber griego ni latín, sin ser pues un humanista en el más antiguo sentido de las palabras, contribuiría a proporcionar una elegante versión de Quinto Curcio colaborando con el famoso Vaugelas, personaje clave de lo que lo que nos toca historiar. Dicho grupo cultivaba las letras, la amistad, el placer de la conversación, gozando de una libertad que no tardaría en perder al verse invitado por el ministro a formar una asamblea que seguiría reuniéndose regularmente pero en adelante bajo una autoridad pública. Algunos miembros de la Academia Conrart, hay que decirlo, estaban ya al servicio de Richelieu, como Boisrobert y Chapelain, poeta de escasas dotes pero destacado crítico, que iba a ser considerado como el regente del Parnaso francés. Los demás, aun los que tenían otro protector, no tuvieron más remedio que resignarse al honor que se les hacía. Así fue cómo, de la fusión de dos grupos de literatos, nació en 1634-35 la Academia francesa. La nueva Compañía se dio por sorteado un director, Serizay, un canciller, Desmarets, eligiendo además como secretario perpetuo a Valentin Conrart, el cual empezó a llevar las actas el día 13 de marzo. Uno de los primeros escritos de la asamblea fue un *Projet de l'Académie pour servir de préface à ses statuts*, redactado por el afamado autor de *L'Honneste Homme ou l'Art de plaire à la Court* (1630), Nicolas Faret. Se exponía en el proyecto que el "edificio" del restablecimiento político y militar del Estado no podría ser perfecto si su lengua "qui porte ses commandements et qui doit publier sa gloire est encore mise par quelques-uns au nombre des Barbares"³.

Quien tomara a la letra lo que aquí se afirma podría pensar que era aún muy tosca la lengua literaria francesa. Esta opinión, en la centuria siguiente, será formulada y difundida por toda Europa, en *Le Siècle de Louis XIV*, de Voltaire, el cual destacará en su panorama de las letras, como si hubiesen sido indiscutiblemente el comienzo de todo, dos obras: las *Máximas* de La Rochefoucauld (1664) y más aún *Les Provinciales* de Pascal (1656). Es interesante para nuestro propósito recordar lo que en la misma página exponía el primer historiador del Gran Siglo: "La langue commençait à s'épurer

2. Paul Pellisson-Fontanier, *Relation contenant l'histoire de l'Académie française*..., Paris, P. Le Petit, 1653. También la obra del mismo autor y con el mismo título impresa en Paris, T. Jolly, 1672; *Histoire de l'Académie française* par Pellisson et d'Olivet, édité par Ch.-L. Livet, Paris, Didier, 1858, 2 vols.

3. Roland Mousnier, *op. cit.*, pág. 503.

et à prendre une forme constante. On en était redevable à l'Académie française, et à Vaugelas. Sa traduction de Quinte-Curse, qui parut en 1646, fut le premier bon livre écrit purement, et il sy trouve peu d'expressions et de tours qui aient vieilli"⁴.

Ya hemos dicho que para la traducción tan ensalzada se había hecho ayudar Vaugelas por Conrart, el cual merece pues compartir los elogios tributados a la obra. Conviene además resaltar que para la mayoría de los estudiosos franceses y extranjeros de hoy la lengua literaria francesa ya había empezado a mostrar sus progresos y sus cualidades de claridad y elegante sencillez en la primera década del siglo, en *L'Astrée* (1607) de Honoré d'Urfé, novela de inmenso éxito, que es un hito insoslayable en la historia del proceso que venimos recordando. En suma, la evolución de las letras y el estilo francés no fue tan tardía como pensaba Voltaire y como lo inculca todavía una tradición escolar, sino que aparece como un sostenido empeño y una brillante aventura que comienzan muy anteriormente a la creación de la Academia, a fines del reinado de Enrique IV y pocos años después de los *Essais* de Montaigne (1580-1582 y 1588). Con esta revisión resultan más asombrosas las diferencias entre el modo de escribir del "señor de Montaña", el estado de lengua que reflejan sus *Essais*, y la obra de d'Urfé.

Para llegar a entender tan profundo cambio, deben tenerse en cuenta las reflexiones y los debates sobre la elocuencia francesa que surgen desde la primera mitad del siglo XVI y vienen ampliándose en las primeras décadas del XVII. Versan efectivamente numerosos escritos de la época enmarcada sobre los modelos latinos que habría que seguir, procedan de la cultura romana o de la cristiana, y se diserta incansablemente sobre los "temperamentos" (estilos, diríamos ahora, aunque no es exactamente lo mismo), temperamentos que suelen según los países y las épocas, sobre el *ingenium* privativo no sólo de cada pueblo sino de cada individuo. Debemos a Marc Fumaroli un gran libro, *L'âge de l'éloquence* (1980), que es el más documentado y penetrante estudio dedicado al nacimiento de la literatura clásica y a las diferentes corrientes de pensamiento y sensibilidad que en su génesis vinieron enfrentándose en función de muy distintos grupos socioculturales. A esta obra, que es de capital importancia para nuestro tema, somos deudores en los párrafos siguientes, que son una traducción libre y apenas glosada de dispersas observaciones muy aclaradoras.

La primera atañe a las predilecciones de la Corte. Privaba en aquel ámbito la "belleza de las apariencias", tan conforme al gusto de la aristocracia, a su fantasía, a sus modas y modales. Distinto y a menudo adverso era el nutrido grupo de los togados ("les robins"), mucho más instruidos, a veces muy eruditos, que se satisfacían de una hermosura común, con tal que nunca se alejara de la solidez del saber y del vigor de la expresión. Este esquema dual que tantas veces ha servido para presentar sociológicamente el Gran Siglo (hablaba Sartre de "un inestable equilibrio entre

4. Voltaire, *Le Siècle de Louis XIV*, Paris, Union Générale d'Éditions, col. 10/18, 1962, pág. 342.

nobleza y burguesía”) no es falso, pero sí excesivamente reductor. Porque se dieron al mismo tiempo otras oposiciones, siempre más o menos ligadas a las primeras, es cierto, de carácter religioso y político, como las que se manifestaban cada vez más entre las enseñanzas de los jesuitas, considerados por muchos y desde el principio como un elemento foráneo, intruso, y la robusta tradición galicana defendida con ahínco por parlamentarios y togados (“les gens de palais”). Para que se atenuaran poco a poco esas disensiones sobre el saber, la elocuencia, la lengua, era necesario ir borrando diferencias e intentar una conciliación. Lo extraordinario es que esto fue no sólo posible sino efectivo gracias a una fluidez social enérgicamente captada y apoyada por el Gobierno. De la casta de los “robins” o togados procedía, como bien se sabe, el propio Richelieu, que más se inclinaba hacia el mundo de los abogados y magistrados que hacia el de la alta aristocracia, que le odiaba.

Ahora bien, se sabe ahora que bajo el reinado de Luis XIII se lanzaron muchos jóvenes abogados, huyendo de la severidad del Parlamento, a la conquista de París y de la Corte, siendo la poesía y más que todo el teatro lo que les proporcionó sus mayores éxitos. Una nueva generación de “gens de robe”, bien representada por el joven Corneille y más tarde por Boileau, venía acercándose así a los ámbitos aristocráticos. Al mismo tiempo la fisonomía de la Corte, de 1604 a 1642, había sufrido grandes mudanzas, dejando de ser un agregado de pequeñas cortes feudales, díscolas, conspiradoras y pendencieras, sin más intereses literarios que los que le inspiraban la poesía y la novela de amor y aventura. Bajo la férula de Richelieu, se fue convirtiendo la Corte de Francia en la del Rey y su Ministro, y éste vigilaba el “lenguaje de Corte” no menos que su conducta, obligada a observar un decoro que no le hiciese perder su nervio y su ingenio. Los espectáculos, las lecturas y las diversiones palaciegas también eran objeto de la imperiosa solicitud de Richelieu, que se rodeaba de unos hombres doctos casi invariablemente elegidos entre los “robins”. París también cambiaba. De todas las casas aristocráticas (“les Hôtels”) sólo triunfaba ya el Hôtel de Rambouillet, donde Chapelain, influyente personaje de la República de las letras y árbitro del gusto, aportaba la fianza académica y oficial. Hecho de trascendente importancia, la enseñanza de la nobleza no se abandonaba ya totalmente a los jesuitas, la inspiraba Richelieu con la ayuda de sus colaboradores de la toga galicana.

No pueden entenderse sin la fuerte y decisiva influencia galicana de los abogados y togados la constancia y el vigor del patriotismo (*avant la lettre*), cabe decir incluso del nacionalismo que se manifiesta en la fervorosa empresa de crear, rechazando en todo lo posible los gustos y modelos extranjeros, una lengua, una literatura, un arte francés. La Academia creada por Richelieu no podía más propiamente llamarse que francesa, ya que sólo este adjetivo, bastante insólito entonces en el mundo europeo de las academias, se adecuaba a su ambición de servir a una monarquía absoluta y a un poderoso Estado nación. Desde luego el contexto bélico de la época, la lucha

con los Habsburgos de España, mucho contribuyó a fortalecer tan ardoroso nacionalismo cultural, cosa que se nota en incontables ocasiones.

En el orden interior la finalidad indisolublemente monárquica y nacional de la Academia francesa implicaba superar la diversidad de gustos y aficiones que existía entre las distintas elites. Si todo gravitó en torno a la Corte y si ésta se impuso como *el público* al que era preciso agradar, no nació la nueva literatura en esa aristocracia palaciega, sino casi siempre en el grupo de los juristas que había recibido de la Universidad y de los jesuitas una preparación humanista, heredando por otra parte del Parlamento una cultura jurídica a la par que una inconfundible impronta ética. El hombre de letras, figura que en dichas circunstancias viene emergiendo, se sitúa exactamente en la frontera de esos dos mundos someramente caracterizados, desempeñando un muy activo papel de mediador⁵. Preferimos al respecto citar y no ya glosar dos de las conclusiones de Fumaroli, quien destaca los decisivos cambios que se han operado en los espíritus desde la creación de la Academia: “Il y règne (...) un esprit de responsabilité qui est neuf. Ces hommes se savent investis d’une tâche de diplomatie rhétorique d’intérêt national, et ils cherchent une formule capable de concilier la tradition du Palais, celle de l’Eglise gallicane, et celle de la Cour (...) Dans les années 20-30, on observe une sorte de *consensus honorum* entre une élite laïque et une élite ecclésiastique pour combattre la “corruption de l’éloquence”. (...). *Le consensus honorum* existe à coup sûr contre l’adversaire; l’asianisme pathétique et imaginaire des prédicateurs à l’italienne, les “vices” du langage de Cour”⁶.

Las cualidades que más van a apreciarse llegando a formar un *ingenium* que la tradición escolar y universitaria habrá de presentar como consustancial desde siempre a la nación, serán como bien se sabe la pureza, la exactitud, la nitidez (la perspicuidad de la retórica antigua), un aticismo francés. La minuciosa elección de la palabra más adecuada importará pues mucho más que la profusión de vocablos, considerada en el siglo XVI como una riqueza que ostentaban doctos y no doctos. Esta política de la lengua y el gusto se cifrará en una drástica deflación de signos, en una inexorable proscripción de extranjerismos, de provincialismos, del habla familiar y más aún popular, lo cual será tanto más notable cuanto que los dialectos en el país—los países que formaban la nación—eran muy numerosos, oyéndose algunos en la misma capital y siendo el francés muy minoritario en toda la extensión del reino⁷. El criterio constantemente invocado fue el del “uso de la Corte”, aunque era tal la composición social de la asamblea que lo que prevaleció fue de hecho el

5. Marc Fumaroli, *L’âge de l’éloquence*, Paris, Albin Michel; Bibliothèque de “L’Evolution de l’Humanité”, págs. 658, 668-669, 683 y 694.

6. *Ibid.*, págs. 658 y 668.

7. Sobre los dialectos hablados, escritos, literarios v. Henri Peyre, *La Royauté et les langues provinciales*, Paris, Les Presses modernes, 1933; y Charles Bruneau, *Petite histoire de la langue française. Des origines à la Révolution*, Paris, Armand Colin, 1966, págs. 138-139.

criterio de unos doctos, buenos conocedores del uso cortesano pero no dispuestos a seguir ciertas modas como las del "Burlesque" o de la "Préciosité". Alrededor de los doctos se agruparon las "honnêtes gens", ese público instruido.

Este *consensus honorum* llevó a desprestigiar a todos los viejos autores, a renegar de Rabelais, por varios y obvios motivos, a considerar incluso a Montaigne como un autor grosero. No habrá ya escritor de la centuria anterior que parezca recomendable o logre siquiera salvarse. Nos parece que ninguna nación llegó a este extremo de sacrificar a todo el pasado de su cultura en aras de su presente y su porvenir. Esto fue posible porque tenían conciencia las elites de que su época iba a ser más refinada, más brillante y más gloriosa que cualquiera.

Siendo lo que hemos dicho la ambición de la Academia, no podía limitarse su labor al campo puramente lexicográfico. La gramática, "las frases", es decir, la sintaxis, la pronunciación, la puntuación y la ortografía incluso, serán también objeto de toda la atención de Vaugelas y de otros críticos celosos y doctos. En realidad la labor sobre la lengua fue colectiva y así tenía que ser. La mejor y más moderna gramática del siglo, la *Grammaire générale et raisonnée* (...), que vio la luz en 1660, fue obra de Lancelot y Arnauld, que no pertenecían a la Academia. Por otra parte, independientemente también de la Academia y de todos los teóricos, la fonética del francés a lo largo del siglo venía sufriendo grandes cambios que lo hacían mucho más armonioso. Todo concurría en suma a favorecer la nueva política de la lengua, desde la evolución espontánea del uso hasta el trabajo de los eruditos, sin olvidar las brillantes obras literarias que venían apareciendo, fundando no una literatura sino un clasicismo nacional.

Con eso y todo, lo que más suele recordarse hoy día es la elaboración del Diccionario de la Academia francesa.

Dejando pues de lado los numerosos discursos y arengas que se pronunciaron y publicaron en muy diversas ocasiones y solemnidades, textos en que los académicos ocuparon la mayor parte de su tiempo, importa recordar que desde la segunda reunión de la nueva asamblea propuso Chapelain la redacción de un diccionario, de una gramática, una retórica y una poética. Esto es bien sabido, pero pocos autores han reparado en ciertos hechos dignos de llamar la atención. El primero es que tardaron dos años los estatutos académicos firmados por Richelieu en ser aceptados por el Parlamento porque temía éste que bajo el mando de un ministro todopoderoso se convirtiera el cuerpo recién formado en un formidable instrumento del reino. Suscitaba este recelo, entre otras cosas, la última frase del proyecto sometido al cardenal, que traducimos literalmente: "Confía la Academia en su fundador y en su autoridad,

que habiendo obrado sola para dar forma a esta institución, puede levantarla en fundamentos bastante fuertes para que dure tanto como la Monarquía"⁸.

Otro hecho que queremos hacer constar es que jamás había de ver la luz la retórica que se había acordado redactar, seguramente porque no eran unánimes al respecto las concepciones de los académicos. En cuanto al tratado de poética, tampoco llegó a elaborarse, tal vez porque ya existía e iban a abundar preceptivas, comentarios y artes poéticas. Sin embargo, cuando estalló la querrela sobre *El Cid* de Corneille (1637), fueron invitados los académicos por su protector a formular un parecer sobre la obra incriminada. Quien se encargó de redactarlo fue Chapelain, y su obra, *Sentiments de l'Académie française sur la tragédie du Cid* (1638), bien ilustra la tendencia de los doctos a propugnar no sólo la famosa regla de las tres unidades, que desconoció la Antigüedad pero que correspondía a un profundo anhelo de orden y obediencia, sino también y sobre todo una nueva concepción del decoro y el lenguaje dramático.

De hecho, la gran realización de la Academia iba a ser el Diccionario planeado primero por Chapelain y cuya historia había de ser larga e intrincada. Baste explicar ahora, haciendo caso omiso de no pocas anécdotas, pullas y chistes, los hechos esenciales que dificultaron la empresa demorando sobre manera su ejecución. Inicialmente el proyecto consistió en hacer presentar por los académicos unas observaciones sobre unas obras cuyos autores habían fenecido. Dichos textos, examinados por toda la asamblea (cuyo número, de veintiséis miembros al principio, pasó más tarde y definitivamente a cuarenta), debía constituir como la materia prima de un diccionario que seguiría "el orden alfabético de los vocablos simples", es decir, una clasificación no por vocablos sino por familias de vocablos (por ejemplo: DEVOIR (Verbo), *devoir* (sustantivo), *dû* (participio), *dû* (sustantivo), *duëment*, *indü*, *indüëment*, *dette*, *endetter*, *rendetter*, *redevoir*, *redevable*, *redevance*, *redevancier*, *dëbiteur*". Método éste que iba a ser objeto de muy fundadas críticas. Se estableció además una lista de autores en la que figuraban, entre otros muchos, Amyot, Montaigne, Francisco de Sales, Malherbe, Marot, Ronsard, du Bellay, Théophile de Viau, etc. Por tanto se pensó primero en imitar a la Academia italiana della Crusca y a su diccionario (1612, 6 vols.), que había sido el primer buen diccionario de una lengua moderna. Este primer proyecto nació en 1638.

Como no manifestaban los académicos mucha dedicación ni mucho interés por la empresa (no estaba remunerado el trabajo) y como se impacientaba Richelieu, se propuso que el célebre Vaugelas desempeñase solo toda la labor. Este, tras haber recibido del Ministro una pensión de 2000 libras, puso tanta aplicación en su cometido que logró someter a la Academia una primera redacción del Diccionario. Por entonces

8. *Dictionnaire des lettres françaises. Le XVII^e siècle*, publié sous la direction du Cardinal Georges Grente, Ed. entièrement, révisée, amendée et mise à jour sous la direction de Patrick Dandrey, Paris, Fayard et Librairie Générale Française, 1996, Art. "Académie", pág. 6 b.

ya se habla abandonado el principio de las citas de autores (las "autoridades", como dirían los españoles). Pero siendo preciso revisar todos los artículos y empeñándose los académicos en debatir interminablemente sobre puntos inesenciales, pasaron años y años antes de que por fin, en 1694, saliera la obra, considerada por escritores y académicos de los más destacados, Boileau, Racine y otros, como indigna de la Academia. Las reacciones del público tampoco fueron favorables, y el propio rey, viendo que menudeaban las críticas de la obra, abrogó tácitamente el privilegio otorgado a la Academia y permitió la difusión en el reino de otro diccionario, el de Furetière, cuyo autor había sido excluido de la Academia por unos muy plausibles latrocinios. Hoy día, no hay lexicógrafo que no opine que de los tres diccionarios de la lengua que vieron la luz a fines del siglo XVII, el de Richelet (1680), el de Furetière (1690) y el de la Academia, es éste último el más pobre y menos metódico.

Con esto y todo, sigue siendo la primera edición del Diccionario de la Academia Francesa no sólo un instrumento muy útil sino también un documento de extraordinario interés para todos los historiadores de la lengua y del uso acrisolado de las "honnêtes gens" en el siglo XVII. Sus propias omisiones (u olvidos) son reveladoras de un gusto depurado que proscribía las palabras arcaicas y bajas, los neologismos y, deliberadamente, lo que puede parecer sorprendente, los términos de oficios, artes y ciencias. Pero a estos últimos había dedicado otro académico, Thomas Corneille, un *Diccionario de artes y ciencias* en dos volúmenes que apareció en el mismo año 1694 y debe considerarse como complemento del primero.

El poco aprecio que se hizo de su Diccionario no disminuyó el prestigio ni la influencia de la Academia francesa. Para los hombres de letras en el siglo XVII y en los siguientes fue un honor ser admitido en la compañía, cuyo rico archivo, afortunadamente conservado, permite al estudioso conocer los nombres y la condición de todos los titulares de los cuarenta sillones que desde el principio hasta hoy día se sucedieron en la más prestigiosa institución del país. Como su brillo y pervivencia dependen en gran parte de los escritores que compartieron su labor lingüística, útil será recordar que en el siglo XVII fueron académicos Pierre y Thomas Corneille, Bossuet, La Fontaine, Racine, Boileau, Perrault, Fontenelle, Fléchier, Fénelon, La Bruyère. La elocuencia sagrada, la erudición, las bellas letras, la poesía, el teatro estuvieron pues representados por los mejores autores de la centuria. Sólo falta en esa enumeración el nombre de Molière, el cual por haber sido farsante y tener temibles enemigos, no podía ser admitido en la Academia. Pero poco después de su muerte, en 1680, un decreto ordenaba la fusión del hôtel de Bourgogne y del hôtel Guénégaud para que se formara una sola compañía real: así nació la Comédie-Française legítimamente llamada desde entonces la Maison de Molière.

En el siglo siguiente las tareas académicas siguieron privilegiando la reelaboración del diccionario, el cual tendría cuatro sucesivas ediciones. Desde la segunda

ya prevaleció el orden alfabético que tanto se había echado de menos en la primera. A ese trabajo se añadió la redacción de informes sobre los premios de elocuencia y poesía (que fueron los primeros premios literarios instituidos en Francia, como más tarde iban a serlo en España los de la Real Academia Española). Se trataba con dichos premios de mantener un mismo gusto en una sociedad que venía evolucionando rápidamente, por lo menos por lo que concierne a la formación y al papel de las elites. Como institución monárquica, colmada de honores desde su fundación, era inevitable que empezara muy temprano la Academia a encarnar un espíritu conservador en cuanto a lo que ahora llamamos la estética, espíritu conservador que no siempre tiene que ir asociado a un conservadurismo político.

Hasta la Revolución de 1789 se mantuvieron unas concepciones antiguas que permiten hablar de un neoclasicismo. En las letras y en el concepto que se tiene de la lengua se afirma un purismo que habrá de mantenerse hasta hoy. Significativamente la palabra es muy temprana (1704). No es éste un fenómeno pasajero sino una tendencia de fondo. Volviendo al tan revolucionario Siglo de las Luces, es de notar que un escritor como Voltaire, tan amante de la libertad por otra parte, mantiene una adhesión total al ideario lingüístico del Gran Siglo. Está persuadido como otros muchos de que la lengua ya está *fijada* y propone en 1734 a la Academia que reedite las obras clásicas suprimiendo "toutes les fautes de langage qui s'y sont glissées". Eso hará en 1764 dedicando a Corneille un voluminoso y severo comentario. Y no es esto un caso aislado. El propio Boileau será expurgado. Ahora bien, hay purismo y purismo, y conviene distinguir épocas. El buen gusto del siglo XVII se fundaba en el uso de la Corte, el del siglo XVIII en la lengua de los autores clásicos de la época anterior.

El "espíritu académico" y el academicismo serán criticados y burlados antes de que se manifiesten corrientes innovadoras y liberadoras. El pensamiento filosófico de la época, para el cual las lenguas son meros instrumentos lógicos disponibles para los más imprevisibles campos, como los vocabularios científicos que habrá que crear. Por otra parte va a afirmarse el derecho del escritor que, evocando y reivindicando el estatuto de *genio* (palabra nueva en esta acepción), sostiene que unas cualidades excepcionales colocan al genio por encima de todas las normas, aun de las reglas del lenguaje.

Ahora bien, esta distancia que viene creándose en las ideas e ideologías en cuanto al lenguaje, no impiden que los "filósofos" más conocidos aspiren a ingresar en la Academia francesa, y son miembros de ella Montesquieu, Duclos, Fontenelle, Voltaire, d'Alembert, Buffon.

A pesar de la buena acogida dispensada a los filósofos, conocerá la Academia graves dificultades y estará a punto de desaparecer durante la época más violenta de la Revolución. A pesar de encarnar como muy pocas instituciones el aborrecido

Antiguo Régimen, logró salvarse, como otras academias de la Francia de Luis XIII y Luis XIV, tal vez, entre otros motivos, porque la elocuencia de los Revolucionarios y sus encendidas arengas, impregnadas de cultura romana, era la misma, por su claridad, su exactitud y su brío, que había venido fraguándose desde las primeras décadas de la centuria anterior. De una manera más general, no hubo clasicismo más ardoroso en las letras y las artes que el de la Revolución y el Imperio.

Se cumplió pues el deseo expresado por la Compañía en 1635, que había despertado el recelo del Parlamento. No sólo ha durado la Academia tanto como la monarquía, sino que le ha sobrevivido y vive todavía desempeñando un importante papel como otras instituciones comparables del Antiguo Régimen y realzando la continuidad cultural que por lo menos hasta ahora habrá existido entre la Monarquía y su heredera, la República, más nacional y absolutista que cualquier otro régimen anterior.